

Introducción

José Rodríguez Hurtado, Chatín (Cádiz, 1931-2015) y Manuel Moreno Pavón, el *Moreno* (Cádiz, 1934-2011)¹ fueron dos comparsistas de una misma generación, nacidos en la década de los procelosos años treinta. Ambos hijos de la posguerra, de hambruna y cartillas de racionamiento, testigos directos del régimen y sus consecuencias. En sus respectivas adolescencias conocieron la austeridad de una época gris, muy sobria, con restricciones, sumisión, estraperlo y escasez, mitigada en parte por el coraje de unas madres que supieron sacrificarse y hacer juegos malabares para que, encima de un humilde mantel de hule, hubiese huevos de fraile de harina de garbanzos y un guiso de papas sin carnes que supiese a carne. Alquimia e ingenio en los fogones en aquellas cocinas comunitarias. Inventiva, amor y coraje de una generación de progenitores que sobrevivieron ante la adversidad.

Los chavales se convirtieron en ejemplares padres de familia que sacaron adelante a su prole y compartieron una afición que, por paisaje y paisanaje, había irrumpido de forma natural en sus vidas por el luminoso barrio de Santa María, entre las calles Santo Domingo y Goleta, arterias de aquel viejo arrabal que, en la década de los años cincuenta, a punto estuvo de ser derribado como consecuencia de un desarrollismo insaciable, dispuesto a desoír, insensible, singularidades arquitectónicas de casas palaciegas y que tuvo, pese a la censura, una respuesta enérgica en aquellos autores de la época franquista². Todo lo enérgica, claro está,

1 Sobre el Moreno, puede consultarse: Osuna García, Javier (2002). «Galería biográfica», en *Cádiz, cuna de dos cantes*. (P. 398); Moreno Tello, Santiago (2006). *La clase obrera gaditana (1949-1959). Una historia social a través de las fuentes populares*. (P. 43). En red: Moreno Tello, Santiago: *Los orígenes carnavalescos del Moreno*, en: <http://universogaditano.es/blogs/santiagomoreno/2014/05/05/los-origenes-carnavalescos-del-moreno/>; Moreno Tello, Santiago: *Manuel Moreno Pavón «El Moreno» (1934-2011)*: <http://mastipiconolohay.blogspot.com.es/p/manuel-moreno-pavon-el-moreno-1934-2011.html>;

2 Entre otros, Paco Alba lo hizo con «Los guajiros»; Francisco García de Quirós con «El sombrero de tres picos», así como con «Los románticos poetas del siglo XVIII»; Antonio Noble con «Los cascabeles» o Manolo Bravo con «Los químicos». Véase, Osuna García, Javier (2014). «¡Santa María, líbranos de la piqueta! El Cádiz festivo de los años 50», en VVAA: *Las Torres de la Luz y su tiempo*. (Pp. 198-201).

que cabría esperarse dentro de los estrictos límites de la censura y del autoritarismo de aquellos tiempos.

En la formación de una comparsa la punta requiere características específicas, tanto vocales como interpretativas, además de un oído bien desarrollado. El Moreno y Chatín eran distintos y eran distantes de punta a punta. Y enormemente complementarios. Punta jurado —entonces—, Moreno y, en la punta opuesta, Chatín. Apuntaron maneras porque apuntes tomaron a la vera del maestro Paco Alba. Y despuntaron. ¡Y de qué forma! Moreno: empaque de bronce y pose elegante: un pincel; un figurín. Chatín: no menos presumido y varonil, con sombrero de ala ancha y el brazo en el fajín del «pajero».

Haber sido amigo de los dos influyó de forma positiva —estamos convencidos— en el resultado final de estas dos entrevistas. Suenan frescas. Haberlos conocido y disfrutar de su amistad y por fortuna también de su consideración, generó —eso creo— un clima de confianza que les hizo sentirse bastante cómodos; circunstancia idónea para que la conversación fluyera natural y para que los recuerdos afloraran sinceros. Estaban a gusto. Incluso, hubo espacio para la interpretación nostálgica de algún cantable, con las cualidades de ellos dos, sorprendentemente muy bien conservadas, a pesar de los muchos años ya cumplidos en el momento de la entrevista: 79, Chatín y 76, el Moreno.

Las conversaciones discurrieron en sus respectivos hogares, rodeados de los suyos, compartiendo mesa y asiento con sus familias que les cuidaban a ambos, inmersos ya en un inexorable proceso de enfermedad. Moreno, rodeado de sus hijos, yernos y nietos, descorchó para nosotros una botella de Rioja gran reserva, Viña Herminia, de esas que la ocasión bien merece un caldo envejecido en roble, saltándose Manuel las preceptivas prescripciones médicas para brindar con nosotros. Chatín, con su mujer, Carmen, y ante unas cervezas bien frías y un queso de cabrales que su hijo Mario había traído de Asturias aquel verano, compartieron conmigo una impagable hospitalidad en su casa del Mentidero, en el número 1 de la calle Bendición de Dios.

Mantuve con ambos largo trato de amistad, lo cual permitió muchas horas de conversaciones, aquí no recogidas; charlas que se centraron principalmente en torno a la fiesta. Con Manolo incluso llegué a compartir las tablas del Gran Teatro Falla en 1981, en una comparsa dirigida por él³, cuya actuación vino a coincidir con la intentona golpista del 23-F, justo cuando a punta de pistola el hemiciclo de las Cortes en Madrid era secuestrado por una horda de guardias civiles armados y horas después los tanques invandían las calles de Valencia. El Gran Teatro Falla contaba entonces con sesiones de tarde en el concurso de agrupaciones. Tarde

3 «Los pintores de Versalles» (1981).

funesta, por tanto, y noche donde los rudimentarios transistores fueron protagonistas. Caras de mucha preocupación en camerinos; pasos acelerados en pasillos y aceras y rostros de mucha intranquilidad dentro del teatro, en donde la noticia había corrido rápido, con una parte del público que empezaba a abandonar la sala. Nervios, mucha incertidumbre y sentimientos encontrados con la amenaza de una temida regresión.

Con Chatín me unía también una antigua amistad, derivada de la vecindad con su hermana Rosa, en cuyo televisor «a color» —toda una novedad— vi en 1981, arriba en su casa del 6.º izquierda y diferida tras el fiasco de la noche anterior, la primera final del Carnaval de Cádiz ofrecida por TVE, con aquellos pioneros comentarios del veterano periodista José Luis Garrido, el apoyo erudito de Fernando Quiñones y la no menor erudición de Marcos Zilbermann. Los hijos de Chatín, José Antonio y Mario, participaban ese año también en una comparsa de Enrique Villegas.

Dos horas y diez minutos duró este —a la postre, último— encuentro grabado. Cada uno en su domicilio particular. La entrevista con el Moreno se realizó un 9 de agosto de 2010. La de Chatín, cuarenta días después: un 18 de septiembre del mismo año. Al contar Manolo con antecedentes flamencos, decidimos comenzar la entrevista indagando en aquellos precedentes y su conexión con dicho arte, para luego reconducir su trayectoria en las agrupaciones de carnaval. Pero su entrevista hubo de ser algo más corta, ya que advertimos un cierto cansancio en él al encontrarse convaleciente, por lo que dimos por finalizada la charla antes de lo previsto. En el caso de Chatín —que sus ojos ya no veían, pero mantenía una admirable clarividencia—, la conversación fue más extensa y pudimos establecer un recorrido cronológico a través de todos los grupos en los que José había participado en su primera etapa de corista y en su posterior de comparsista.

1963, con un canasto de corrusquillos de canela y limón, fue el año de partida que los reunió a los dos por espacio de una década entera repleta de éxitos hasta 1973, año aciago con tipo goyesco, de amargo broche final, que tan profunda huella dejara en ambos. Fue más que suficiente una década para entronizarlos y para que, por derecho propio, se convirtieran en los puntas por excelencia de Paco Alba. Los dos se admiraban mutuamente y ambos reconocían la valía del otro. Con todo, se mandaron «recaditos» respectivas «puyitas»; visión crítica de acontecimientos puntuales y pasados; viejas rencillas sin importancia, que en el fondo no hacían más que confirmar la admiración recíproca que se profesaban.

A la hora de transcribir las presentes conversaciones dudamos entre respetar las peculiaridades del habla gaditana, con sus giros y jerga particular, u optar por castellanizar las contestaciones. Enseguida descartamos esta última opción, pues hubiésemos desnaturalizado mucho las respuestas, dando lugar a una visión

forzada y poco creíble de los diálogos, que hubiese rozado lo esperpéntico. Se ha optado pues, por una transcripción fonética respetuosa con el acento gaditano y con la expresiva y bella forma de hablar de los dos. Aun así, toda transcripción acusa en el tránsito de la palabra al papel una pérdida de valiosas entonaciones, de mensajes imprescindibles de la expresión gestual, imposibles de ser transcritos en un libro, con la consiguiente merma de información. Por esa razón, se ha optado por adjuntar un disco CD con el audio de las dos entrevistas, como complemento sonoro de la lectura de estos encuentros. Enriquece todo lo anterior, un precioso álbum fotográfico familiar, que testimonia, en blanco y negro, la participación de ambos en las Fiestas Típicas Gaditanas de las décadas 50, 60 y 70 del pasado siglo XX. Agradezco la colaboración y los valiosos consejos de María Luisa Páramo y de Juan Antonio Espinosa, así como la cesión de material fotográfico de Kiki, Nando Benítez, Miguel Brun, Carli Brihuega y las familias de Moreno y Chatín.

Suenan tres timbrazos en las viejas tablas del Falla. El Chele los está colocando en el proscenio del escenario. Manolo Garaboa, con voz barítónica de ultratumba, se dispone a anunciarlos a sala en su micrófono de baquelita. Enrique Treviño apura en la tramoya para Radio Juventud de Cádiz una entrevista con Paco Alba; Aurelio de la Viesca hace lo propio con Jesús Monzón para los oyentes de Radio Cádiz y Juman inmortaliza el momento con su cámara Leica y, apresurado, se marcha para revelar el carrete en su estudio de la calle Columela. Paco Benítez, el *Pintor*, ocupa ya el palco platea que comparte con el farmacéutico Rodicio, de quien toda la afición espera sus inimitables olés. El Rubio del Aceite y Manolo Morilla han llegado al palco de antifaces. El Pinche, desentumeciendo nervios, tamborilea por lo bajini con las baquetas. Paquito Campos afina la quinta cuerda. El bacalao seco, la miel de romero y el fino San Patricio inundan los paladares de las gargantas de esta generación irreplicable de comparsistas, que acaban de recibir arriba en camerinos las últimas instrucciones del Brujo...

¡Va cortinas! Garaboa anuncia. El Falla ruge.